

EL DISCURSO DEL MÉTODO Y LOS ENSAYOS. UNA EDICIÓN PARA ABORDAR UN CLÁSICO*

Guillermo Patiño Díaz-Alejo

* * *

Corren los clásicos el riesgo de ser «más nombrados que leídos» y, con ello, que al leerlos de verdad, resulten «tanto más nuevos, inesperados, inéditos»¹ de lo que uno podía imaginarse al principio. Ambas afirmaciones se cumplen de sobremanera en la ópera prima de Descartes: *Discurso del método. Dióptrica, Meteoros y Geometría, ensayos de este método*, pues, primeramente, al lector en castellano no le resultaba sencillo acceder a una edición completa del texto en cuestión, pero sobre todo porque la historiografía cartesiana dominante ha dado la espalda a dichos Ensayos. Todo esto como si el proyecto se agotara en el primer punto y seguido del título de la obra. Es, por ello, motivo de celebración que la editorial KRK dé a luz una edición del *Discurso del método* y sus Ensayos: la *Dióptrica*, los *Meteoros* y la *Geometría*, al cuidado del profesor Guillermo Quintás Alonso, quien corre al cargo de introducción, traducción y notas del volumen y cuya rúbrica no es sino un signo de garantía de quien atesora toda una vida dedicada al estudio y traducción del filósofo francés, como dan debida cuenta, sin pretender ser exhaustivo, las ediciones de *El tratado del hombre*, *Observaciones sobre la explicación de la mente humana* y *Los principios de la filosofía*, así como múltiples introducciones y estudios sobre nuestro autor y otros textos afines a los círculos cartesianos de la época: *La lógica o el arte del pensar*, de Arnauld y Nicole, así como *El discurso físico de la palabra* de G. De Cordemoy. De hecho, esta edición se articula sobre las traducciones previas que presentó el profesor Guillermo Quintás allá por el año 1981, de la mano de Ediciones Alfaguara.

Ahora bien, los cambios introducidos en esta nueva edición son importantes, tanto si consideramos la orientación dada al aparato crítico como a la traducción: el lector encontrará una traducción pulida durante cuarenta años y unas notas e introducción de gran ayuda y que muestran un profundo conocimiento de los lugares problemáticos del texto. La edición consta de una introducción a cargo del traductor, precedida por las portadas de la edición francesa y latina, para, a continuación, recoger el texto: *El Discurso del método, la Dióptrica, los Meteoros y la Geometría*, seguidos de los índices de los Ensayos. Un total de quinientas diecinueve páginas de texto, de las que setenta y nueve pertenecen al Discurso y cuatrocientas seis a los Ensayos. Elementos muy diversos, pero que constituyen una unidad incontestable.

Ahora bien, con esta edición no solo se enmienda una ausencia, sino que se hacen buenas las palabras de Calvino con las que abrimos, pues el profesor Quintás hace emerger de los textos una lectura de Descartes que no se ajusta a la vertida en los manuales al uso: inesperado por su articulación de la teoría y la experimentación («poca fe debe concederse a las observaciones que no están acompañadas de la verdadera razón»), por el papel asociado a la «ocupación más digna» y por la defensa y aprecio de la libertad. Un pensador de

* Acerca de R. Descartes, *Discurso del método. Dióptrica, Meteoros y Geometría, ensayos de este método*, edición de Guillermo Quintás Alonso, Oviedo, KRK Ediciones, 2023.

¹ I. Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Madrid, Siruela, 2012, pp. 13 y ss.

insultante modernidad que cierra su alegato en favor de «la filosofía práctica» haciendo explícito el principio que debe regular el desarrollo de la ciencia: «alejarse de toda clase de proyectos que solamente serían útiles para unos y perjudiciales para otros». Esta edición es la culminación de una dedicación al texto de Descartes, que inició a principios de los setenta y que apuntaló en su tesis doctoral: *Razón y experiencia según Descartes*, que en el año 1973 defendió de la mano del profesor Fernando Montero y donde se rompía con “el cartesianismo oficial” que, como dijo el Profesor Lledó, es “el cartesianismo inexistente”. Ya desde dicho trabajo podemos rastrear las líneas de fuerza que guían esta edición: Descartes no fue el creador de una física apriorista y dogmática (deducida de la metafísica) que hubiera pretendido reducir toda la realidad a ideas claras y distintas, sino que fue el defensor de unas hipótesis explicativas de diversos fenómenos, cuyos primeros principios poseen un valor conjetural y cuya validez pende de la articulación con otras hipótesis, seleccionadas obedeciendo a la simplicidad de supuestos, verificabilidad y claridad de los mismos. Una concepción de la ciencia y la verdad que podemos rastrear en textos posteriores, como en las *Segundas objeciones* de las *Meditaciones metafísicas*.

El profesor Quintás aporta abundantes citas y reflexiones de gran relevancia, todas ellas bien escogidas e iluminadoras, como es el caso de la importante correspondencia que Descartes mantuvo previamente a la publicación del libro y en la que se recogen pasajes tan importantes como: «los tratados son ensayos de este método, porque pretendo que lo que contienen no hubiera podido ser indagado careciendo de este método y que mediante estos ensayos se puede conocer el valor que este método tiene» (*Discurso*, p. XV o cuando afirma que su deseo «no ha sido enseñar mi método en el *Discurso del método* en el que lo propongo, sino que solamente he pretendido decir lo suficiente para permitir juzgar que las opiniones que se darán a conocer en *La Dióptrica* y en *Los Meteoros* no han sido concebidas a la ligera y que merece la pena que esas opiniones sean examinadas» (*Discurso*, p.11), o bien cuando al ser consultado sobre su método, el propio Descartes los remitiera al Discurso Octavo de los Meteoros, *Sobre el arcoíris*, al que señaló como ejemplar, y sobre el cual el trabajo del editor ha sido concienzudo, por ser paradigmático y por lo que tiene de orientador.

Esta puesta en valor de los Ensayos debe venir acompañada por la recuperación de la Quinta y Sexta parte del *Discurso del método*, capítulos que los planes de estudios, tanto de las enseñanzas medias como superiores, han solventado con el cliché del “hombre-máquina” en el caso de la primera o con el mero olvido, en el caso de la segunda. Para enmendar dicha situación hermenéutica, el editor aporta interesantes perspectivas a lo largo de las distintas notas: por una lado, apunta tanto al carácter programático de la Sexta parte como a su preeminencia metodológica (p. 60), amén de señalar algo fundamental: en un primer momento, fue pensada como presentación de *La Dióptrica* y *Los Meteoros*, algo que se colige de su perfecta unidad en cuanto prólogo o introducción, y como guía del lector respecto a un asunto que Descartes considera de vital importancia: el lector ha de percatarse y valorar cuán diferentes son los principios de la filosofía que se enseña en las escuelas y los principios de la filosofía práctica que postula en su itinerario filosófico. No plantea otra tarea Descartes al lector, pero sobre esta insiste. El peso de este capítulo para el editor es evidente, como dan buena cuenta los ciegos datos: cuarenta y cuatro notas a pie de página en la Quinta parte, a la par que la Sexta parte, pero casi el doble que la Cuarta. Ahora bien, si el trabajo en la edición es abundante, valioso y preciso a lo largo del texto, en la Sexta parte alcanza unas cotas de minuciosidad admirables. Simplemente, hasta donde yo sé, no hay un trabajo equiparable en lengua castellana. Dicho enfoque apunta a la incorrección que

supone dar la espalda a las más de cuatrocientas páginas, de sus casi quinientas, en las que se habla constantemente de experimentos, hipótesis y supuestos. ¿Cómo desdeñar semejante dedicación por parte de Descartes?

A la luz de esta orientación, el profesor Guillermo Quintás abre nuevas sendas en los pasajes más transitados y conocidos por el lector interesado en el pensador francés. Así, en la Segunda parte, tras una valiosa introducción donde el traductor reflexiona en torno a la metáfora del viaje y de la biografía cartesiana, nos obliga a revisar ciertos cánones, como que la verdad, en sentido formal, es propia de los juicios o que la ausencia de duda se ejemplifica en los Ensayos con afirmaciones como que «tanto el análisis de las hipótesis como la revisión de las observaciones contribuyen a anular las dudas que obligarían a dudar de la verdad de un juicio» (p. 18). Algo semejante ocurre con el paradigma de la evidencia, que el profesor Quintás vincula con la proporción y que «se percibe con toda claridad en la Geometría» (p. 20). O con los conceptos de «orden» y «cadenas», sobre los que, de nuevo, realiza valiosos apuntes a partir de pasajes de los Ensayos y que ilustra con una cita de Descartes: «Aquellos que se satisfacen afirmando que no creen lo que he escrito, pues ha sido explicado a partir de ciertas suposiciones que no habrían sido probadas, no saben lo que piden ni lo que deberían pedir» (p. 22, cita A-T, II, 143-144).

Respecto a la Cuarta parte, aquella donde se desarrolla la metafísica cartesiana, la edición recoge un buen surtido de aclaraciones regidas por ciertas líneas maestras: la metafísica cartesiana no estaba debidamente desarrollada, pero sus tesis fundamentales están presentes en el *Discurso*. Su exposición fue fruto de una necesidad perentoria, a saber, evitar la posibilidad de exponer una filosofía mutilada y unos principios, que el lector podría juzgar, poco sólidos. Además, la cuestión metafísica se debe enmarcar en su justo sentido, a saber, el retorno a una teología simple con la que se podrá evitar esa dominación que ejercía junto al aristotelismo sobre el saber y, gracias a ello, establecer unos nuevos asientos sólidos para el conocimiento sobre los que construir toda la ciencia, como el de ese Dios filosófico cartesiano que limita, pero no compromete nuestra racionalidad (p. 35).

El solitario capítulo de metafísica da paso a una Quinta parte donde el editor nos advierte en la nota inicial de que Descartes «abandona las cuestiones metafísicas y pasa al terreno de la física» (p. 43), ciencia para la que diseña un plan que dé cuenta de los fenómenos y que pasa por «la necesidad de precisar los nuevos principios generales» (p. 41). En el caso de las investigaciones en torno al cuerpo, señala el traductor que Descartes propone la eliminación de la cuestión de la sustancia pensante y su actividad. Esta estrategia, como ya se advirtió anteriormente, pretende dejar fuera a Aristóteles y, en cambio, selecciona Harvey como propuesta teórica rival. Simplemente, la posición escolástica, ni se contempla. En cualquier caso, el resultado es que el modelo del ser natural necesario para la nueva medicina debería fundarse en otros principios o leyes generales de la naturaleza, en otros modelos o analogías (hombre máquina) e hipótesis asociadas a su desarrollo, que marcarán el desarrollo de este campo de conocimiento, tan priorizado por Descartes.

Con este preparatorio que Descartes diseñó debería el lector afrontar los Ensayos. Ardua tarea si no contáramos con la ayuda del traductor. Pongamos la mirada, por ejemplo, siguiendo la invitación Descartes en el *Discurso octavo* de los *Meteoros: Sobre el arcoíris*. Muy probablemente, el lector actual, con una formación filosófica totalmente diferente al pensador del siglo XVII, se encontrará fuera de esa zona de confort que ha gozado en las primeras partes del *Discurso del método*. Por ello, las notas que se incorporan son fundamentales para afrontar la tarea, pues no es sencillo seguir la cadena de experimentos, hipótesis y fases del proceso de investigación de los fenómenos que nos plantea Descartes.

Además, evitaremos pasar por alto detalles de suma importancia: como, por ejemplo, que, a la hora de explicar el orden de las franjas de color del arcoíris, Descartes admitirá hipótesis explicativas en función de criterios como la simplicidad, la verificabilidad (p. 333) o incluso la claridad y la coherencia con el resto del sistema (p. 331). Al auxilio del lector también acuden las imágenes que elaboró Franz von Schooten, el Joven, y que la edición castellana ha incorporado y perfilado con sumo gusto. La lectura hace emerger un entendimiento de Descartes, donde lo que se pretende es que al «desarrollar un campo teórico (tal como ha venido exponiendo), las experiencias adquieren un significado en razón de esa teoría o hipótesis, pues las observaciones se diseñan y efectúan si y solo si esperamos que la teoría expuesta les confiera un significado» (p. 431).

Para finalizar este breve repaso al trabajo del profesor Guillermo Quintás, hemos reservado la Tercera parte. En ella, el traductor presenta una de sus propuestas más meditada, justificada y, seguramente, controvertida, pues defiende que la moral de esta parte no es una «moral destinada a ser suplida, corregida o abandonada» o que estemos ante moral cuyas «reglas propuestas tengan fecha de caducidad» (p. 22). Frente a ello, el profesor Quintás viene defendiendo desde hace décadas lo erróneo de esta posición. Buena prueba de esto ha sido la traducción de «morale par provision» como «moral como provisión», en lugar de la habitual «moral provisional», con lo que se deja atrás una larga tradición historiográfica. Las líneas básicas de su tesis se construyen a partir de las distintas notas que recorren el texto. El punto de partida transita desde Trento y el problema de la libertad en el siglo XVII hasta la situación política de Holanda para llegar al planteamiento más concreto: las reglas de la moral no aparecen como imperativos dogmáticos, sino como una parte más de la pregunta general: «¿Cómo no analizar todo según la propia razón cuando he llegado al convencimiento de que somos víctimas de las costumbres, del ejemplo dado por otros y de los prejuicios generados en el pasado?» (p. XXVI). Una posición que enraíza con el proyecto cartesiano más básico y cuyas «normas mantienen una clara conexión con tesis fundamentales de la metafísica cartesiana en aspectos fundamentales» (p. 22), así como con esos aspectos prácticos que Descartes siempre defendió como fundamentales: la salud o la libertad, entendida esta última no solo en sentido metafísico, sino también fáctico, como «una libertad tan completa y de vivir en un lugar donde se pueda conciliar el sueño con menor inquietud» (p. 31, n. 39). Valga decir que en este asunto el traductor se ha permitido salpicar el texto con cuestiones historiográficas, mientras que en el resto del texto el compromiso con la evasión de largas menciones bibliográficas o historiográficas ha sido ejemplar y se ha proporcionado al lector un horizonte claro donde degustar ese artificio técnico que siempre es la traducción. Entre las escasas notas bibliográficas podemos entrever un tributo a autores como Harry Frankfurt, Élie Denisoff, Jean-Paul Weber o Constantino Lascaris. Todos ellos, buenos compañeros del periplo intelectual del profesor Guillermo Quintás en sus lecturas cartesianas.

Sobre la traducción hay mucho que decir; por lo pronto que, sin duda, estamos ante una de las traducciones más trabajadas y pensadas del *Discurso* en lengua española, pues se empezó a gestar a finales de los años setenta y ha ido afinándose a lo largo de los años. Se nota que hay toda una vida de reflexión en cada palabra y un sinfín de lecturas de cada silencio. Buena muestra de ello es el exhaustivo uso que se hacen de diccionarios “de la época”, como la primera edición del *Dictionnaire de L’Academie Françoise* (1695), el *Diccionario castellano con voces y ciencias y artes de Terreros y Pando* (1788) o el siempre citado *Dictionnaire universel* de Antoine Furetière, publicado en 1701. Esta minuciosidad ha llevado a revisar incluso términos aparentemente inocentes, algo

imprescindible para una buena traducción, pues se evitan ciertos peligros: “False Friends”, los calcos sintácticos y los tentadores galicismos, a los que el profesor Guillermo Quintás ha ido expulsando de sus ediciones paulatinamente. Buena muestra de todo ello son las molestias que el traductor se ha tomado en señalar al lector acerca del uso cartesiano de ciertos términos. Y así, siguiendo las indicaciones del propio filósofo francés, nos advierte que “demostrar”, “probar”, “deducir”, etc., no se usan con el sentido habitual de los lógicos escolásticos, sino siguiendo el uso común. Ahora bien, ¿cuál es el uso común de esos términos en el siglo XVII? El profesor Quintás, por ejemplo, aclara que es el de «narración, enumeración detallada: hacer una detallada narración de sus razones» (p. 40, n. 2). Un matiz de gran valor para el lector. En el mismo orden de cosas, el traductor reconoce que ha «respetado al máximo las expresiones y giros de Descartes, aunque ello haya impuesto el evitar términos y expresiones que, por otra parte, son fácilmente incorporables por el lector de hoy». Al hilo de esta idea, acredita expresiones como «espejos que queman». Una decisión como esta la justifica en función de dos premisas que operan en el texto cartesiano, por un lado, escapar del lenguaje de la escuela, aun a costa de acabar empleando expresiones poco precisas (que tuvo que inventar) y, por otro lado, escapar de los tecnicismos y cumplir con ese propósito de «hacerme entender por todos» (p. 83). No es baladí que la obra se publicara inicialmente en francés. En resumen, un gran trabajo, especialmente cuando uno asume las dificultades propias de la distancia diacrónica del lenguaje, pero mantener la misma raíz románica, un asunto al que ya apuntó Ortega, quien ya nos avisaba de que el francés es, de «todas las lenguas europeas, la que menos facilita la faena de traducir»².

Para tal empresa, el traductor ha asumido también dos fuentes fundamentales: la edición francesa y la latina, esta última traducida por Courcelles (salvo la Geometría), pero que el propio Descartes revisó y sobre la que realizó alguna corrección interesante. Aunar ambas fuentes se ha solventado, a nuestro entender, de la mejor manera posible: las variaciones entre las fuentes básicas están apuntadas y, cuando se ha requerido, comentadas. Más complejo es traducir los silencios de un autor que voló todos los puentes para sus biógrafos, limitándose a incorporar «los aspectos que son significativos para comprender las distintas decisiones y opciones que tomó al dar forma a la “filosofía práctica”» (p. XVII) en un contexto donde primaba la ausencia de apoyo de las instituciones a la nueva filosofía. A estas ausencias dedica el profesor Quintás unas ilustrativas páginas de su introducción.

En último lugar, pero no menos importante, quisiera decir algunas palabras sobre la edición que presenta la editorial KRK. El trabajo de quien ha estado al cuidado de la edición, Benito García Noriega, es imponente. Uno entiende que la editorial haya sido recibido el Premio Nacional al libro mejor editado en alguna ocasión. No solo por los buenos cuidados de la edición, sino por haber hecho coincidir la paginación de la obra con la de Adam-Tannery. Así, cuando el lector acuda a la página treinta, el texto se corresponderá con el de la edición canónica. Un auténtico trabajo de orfebrería. Otro logro editorial reseñable es el trabajo con las imágenes que incorporó Descartes en los Ensayos, obra de Franz von Schooten, el Joven. Tengo ante mí, en mi mesa, la última edición de las obras de Descartes publicadas por Vrin y la que está publicando Gallimard, comparo la ilustración de A-T, 335 con la de KRK y, sin duda, la legibilidad de la última es mucho mejor. Lo dicho, un gran trabajo.

² J. Ortega y Gasset, *Miseria y esplendor de la traducción*, en Id., *Obras completas*, Madrid, Taurus, 2006, vol. V, p. 724.

Por todo esto, podemos concluir que el resultado final nos parece de alta estima y valor para los estudios filosóficos en nuestra lengua. No únicamente por recoger *La Dióptrica*, *Los Meteoros* y *La Geometría*, sino por la ajustada y correcta traducción que ofrece, por la guía del profesor Guillermo Quintás, que no enreda con erudición y por señalar cómo Descartes abrió nuevos caminos a la razón y atisbó el horizonte desde su tiempo con una agudeza digna de mención. A él rinde tributo esta edición del *Discurso del método* que acaba de publicar KRK.